

DE LA LENGUA ARAUCANA

En un Congreso Científico Chileno no necesita excusarse quien quiere hablar sobre la lengua de los aborígenes de Chile. Todos conocemos las múltiples relaciones que ha habido desde tres siglos y medio entre esa raza valiente de indígenas que defendían cada pulgada de su suelo natal y aquel puñado de conquistadores no menos valientes y más atrevidos aun que sus adversarios.

Sabemos cómo poco a poco se formó la nación chilena por la inmigración continua de nuevas fuerzas militares, las que aquí más que en ninguna otra parte de América fueron requeridas por la resistencia tenaz de los indios. De esta suerte los araucanos fueron la causa directa de la concentración especialmente fuerte de españoles que tuvo lugar en Chile y que es una de las causas para la fuerza superior de la nación chilena.

Por lo demás, los araucanos mismos también han contribuido mucho a esa fuerza nacional de Chile. Mientras en el Perú y en la mayor parte de las colonias españolas los indios quechuas, aimaraes y otros han aceptado con resignación el dominio extranjero, aunque oponen hasta hoy una resistencia sorda y pasiva, pero obstinaz, a la civilización, los indios chilenos opusieron siempre una resistencia activa. Dotados con una inteligencia más que la de muchos otros indígenas, y con la facultad de adaptar su vida y costumbres a nuevas necesidades, aprendieron de sus enemigos el uso del caballo, reformaron su armamento y su táctica y así llegaron más de una vez a vencer a los conquistadores del Nuevo Mundo. Por esta y por otras razones creo yo que los araucanos son más capaces de civilizarse que la mayor de los indios americanos.

Así creo que la parte mejor y más inteligente de ellos en siglos pasados han aceptado la lengua y los pantalones del español y con estos solo dos hechos se han vertido en huasos chilenos. Lo mismo sucede hoy todos los días en los pueblos de la frontera, y eso facilita mucho la mezcla de sangre que ahora existe hasta en las clases más bajas. Conozco, pero no creo justificada la opinión que tienen tantos chilenos, de que no valgan para nada los indios actuales.

Creo que hay muchos entre ellos que pudieran llegar a ser miembros útiles del pueblo chileno, si se los tratara de una manera conveniente, si se supiera asimilarlos.

No es la inteligencia natural lo que falta a los araucanos y ya hay muchos que tienen la buena voluntad de aceptar la civilización o, lo que es lo mismo, que desean que sus niños aprendan el castellano no solo a hablar sino también a leer y a escribir. Y ¿cuántos preceptores hay en la frontera que sean capaces de enseñar el castellano a un niño indígena?

Creo que las relaciones entre chilenos e indios serían mucho mejores y más fructíferas si se comprendieran mejor unos a otros. ¿Cómo podemos esperar que militares de indios aprendan el castellano, si no hay casi ningún chileno que quiera aprender el araucano para servir después de maestro? Por esto, el estudio del araucano tiene una importancia práctica para la República y vale la pena fomentarlo por todos los medios. También la Iglesia, esa antigua profesora de tantos indígenas, se descuida hoy. Se enseña todavía a rezar y un poco de catecismo, aprovechando la gramática de Febrés; pero no he oído de ningún indígena que haya padres que sepan predicarles en araucano. Es verdad que a menudo caballeros chilenos me han dicho

que don fulano o zutano maneja perfectamente el mapuche. Cuando yo me puse al habla con don fulano o zutano, resultó casi sin excepción que sus conocimientos se limitaban a algunas palabras y frases corrientes. La explicación es obvia: ¿cómo puede un chileno que no conoce el araucano saber que otro lo habla, a no ser que se lo diga un indígena que es el único juez competente? Y, sin embargo, no es difícil encontrar profesores idóneos entre los araucanos, supuesto que el futuro alumno sepa guiar como pedagogo a su maestro.

Mis dos profesores, el cacique Juan Amasa de Collipulli y el viejo Domingo Quintuprai de Osorno, ha correspondido a todo lo que se les podía exigir. Por supuesto que no se debe preguntar a hombres sin instrucción filológica, cómo se conjugan los verbos, ni cómo se dice “porque” o “sino”. Preguntas por palabras o formas aisladas que no significan materias, son otros tantos disparates. El único medio es pedir los nombres de cosas, traducciones de frases vulgares o cuentos y descripciones libres hechos en la lengua.

Naturalmente también he encontrado a individuos intratables que apenas soltaban alguna que otra palabra; y la más porfiada fue una vieja *machi*, una médica, verdadero tipo de bruja, que visité en su *ruca* cerca de Mininco. Doña Manuela comprendía muy bien lo que quería yo, pues hablaba el castellano como cualquier mujer del pueblo; pero cuando le dirigía preguntas concretas me contestaba con un conjunto indisoluble de palabras indias de las cuales no podía apuntar nada; y cuando le manifesté mi desesperación, dijo con un gesto que no podía menos de comprender, dirigiéndose a uno de sus clientes: “¡Mala cabeza!”.

Para el principio del estudio pueden servir las gramáticas impresas que tenemos y que son tres: la del *P. Luis de Valdivia* de 1606, la de *Bernardo Havestadt*, publicada en latín solo en 1777, pero que ya ha servido veinte años antes al tercer gramático *Andrés Febrés* cuya gramática salió a luz en Lima en 1765. Este hecho ha escapado a los bibliógrafos porque está solo indicado en una carta escrita en idioma indio por Febrés a Havestadt, la que se encuentra al fin de la gramática de este. La carta contiene otros datos interesantes sobre la vida casi desconocida de Febrés. Es extraño que Febrés no mencione nunca en su gramática a Havestadt. Este último, solo conoció la gramática de Valdivia. Parece que ninguno de los bibliógrafos chilenos ha sabido traducir la carta aludida.

Las únicas obras de este siglo que han aumentado un poco nuestros conocimientos del araucano son la nueva edición del Febrés hecha por Astraldi en 1846 en Santiago, que contiene algunas nuevas observaciones, debidas, según parece, al padre Hernández, y un *Vocabulario pampa* del antiguo coronel argentino Barbará (Buenos Aires, 1879) que nos da unas cuantas palabras nuevas; y frases cortas en dialecto pehuenche. Pero todos estos materiales no son suficientes para la lingüística moderna. Con mucha razón observa nuestro presidente honorario autor de la Historia General de Chile (tomo I. pág. 55):

“Escritas aquellas gramáticas en una época en que los estudios filológicos estaban muy atrasados, necesitarán una revisión casi completa para dar una mayor claridad y mejor sistema a sus reglas”. . . y más adelante (pág. 56):

“La lengua chilena no ha sido bastante estudiada el punto de vista filosófico e histórico, para investigar su origen y su entroncamiento”. Y yo pregunto: ¿Quién pudiera considerar la descripción tan interesante y tan bien narrada del viaje al país

de los pehuenches hecha por el mismo Havestadt, como un documento suficiente para establecer la geografía de la región andina entre los volcanes de Peteroa y de Villarrica? Quizás hasta hoy ningún geógrafo chileno haya consultado esa descripción. ¿Quién considera descripciones botánicas o zoológicas del siglo pasado como suficientes para la ciencia moderna? La filología no ha hecho menores progresos en este siglo y la lingüística propiamente tal es una ciencia casi tan nueva como la electrotécnica, y es seguramente menos cultivada que esta última entre los pueblos de habla castellana. Por eso no puede admirarnos que no hallemos luces nuevas en las obras de los americanos aficionados a la filología. Parece que nadie se ha dedicado seriamente a tales estudios, puesto que el cultivo de la lingüística y filología en los países españoles ha estado en manos de aficionados que por lo demás de profesión han sido abogados, ingenieros o médicos. Y todos sabemos que a fines del siglo XIX, de este siglo que estableció leyes rigurosas sobre la repartición del trabajo físico e intelectual, apenas es posible que un ingenio fenomenal abarque todas las partes de una ciencia, ¡cuánto menos de dos!

El insigne lingüista *Federico Müller* de la Universidad de Viena escribe en el prefacio de la segunda parte de su obra gigantesca que abarca casi todas las lenguas conocidas del mundo, las palabras que siguen: “Bajo el nombre de lingüística entiendo una indagación exacta y basada en hechos comprobados por estudios propios; aquella charla superficial y ostentosa que finge querer popularizar conocimientos que a ella misma le hacen falta, no la puedo considerar como ciencia. En fin, ha llegado el momento en que debe dejarse definitiva de hablar sobre cosas que uno mismo no comprende, para que la lingüística no pierda el crédito de que deben gozar todas las ciencias. ¿Qué se diría, por ejemplo, de alguien que se llama zoólogo, anatomista o fisiologista, y escribiera en una de sus obras frases como esta: «algunos consideran a la ballena como mamífero, mientras otros la cuentan entre los peces»? Y, sin embargo, juicios bien parecidos se pueden leer en materias lingüísticas en las obras de hombres que se consideran lingüistas y filólogos. Si estas palabras podían escribirse en 1876 en Viena, ¿cuánto más exactas serán hasta hoy en países que casi no conocen estudios filológicos y lingüísticos y donde son escasos los hombres que hayan estudiado seriamente el latín y el griego, la cuna de los estudios filológicos? Es indudable que en materia de lenguas americanas en la misma América abundan las ballenas peces más que las ballenas mamíferos. Y no debemos admirarnos que el inteligente y laborioso autor de los *Aboríjenes de Chile* y de la *Literatura colonial* no pudo, para dar una idea de la lengua araucana, más que copiar algunos párrafos, sin ningún valor científico para hoy, del abate Molina.

¡No había trabajos más modernos, mejores!

Pues señores, el que quiera estudiar científicamente la lengua araucana no debe contentarse con las gramáticas del siglo pasado. Entonces no existió la fisiología de los sonidos o fonética, entonces no se conocían leyes fonológicas; la filosofía del lenguaje estaba encerrada en la gramática clásica griego-latina, y hasta había dado a la luz un hijo muerto la gramática general filosófica, fantasma que ha desaparecido por completo de la lingüística moderna.

Hoy sabemos que cada lengua tiene su propia lógica y sus propios fundamentos psicológicos, cuya indagación es la verdadera tarea de la sintaxis comparada. Hoy

sabemos que el desarrollo de los idiomas obedece a leyes tan fijas y seguras como todas las leyes biológicas.

Ni el material de las gramáticas de los padres es suficiente para indagaciones científicas. Es seguro que los Febrés, Havestadt y muchos otros padres de aquellos tiempos supieron expresarse inteligiblemente; pero esto no prueba que sus traducciones y pláticas sean escritas en araucano legítimo, idiomático, correcto, en fin como las escribiría un indígena que supiera manejar la pluma. Aún más; tratándose en esos documentos casi exclusivamente de ideas que están fuera del alcance intelectual de un indio, es imposible que no se haya hecho fuerza a la lengua.

La teoría gramatical de los padres es completamente falsa y hasta no se concuerda con sus propios ejemplos. Lo único que tiene valor es el diccionario. Pero ¿qué significa una recopilación alfabética de las palabras para una lengua desconocida? Equivale a un inmenso montón de hojas secas, de palitos, flores, cáscaras y frutos cortados y recogidos en una selva virgen desconocida, por la mano de un curioso. Al botanista este montón enseñará mucho menos que media docena de ejemplares enteros de las plantas características escogidas por un experto.

Entendiendo por estas razones que para hacer estudios científicos sobre la lengua araucana, tendría que buscar las fuentes vivas del idioma hablado, emprendí un primer viaje a la frontera a fines de 1891, para informarme sobre las facilidades que podría encontrar para mis estudios. Alcancé entonces a estudiar la pronunciación de varios individuos de Collipulli. En febrero del año presente trabajé una semana en Collipulli con el ya mencionado Juan Amasa, que me dio la traducción de unas 400 frases que llevaba preparadas, una descripción detallada en araucano de una fiesta de trilla a la indígena con varios trozos de poesía araucana, y otras cosas más¹.

Desgraciadamente todos estos apuntes me fueron robados entonces, junto con un ejemplar original de la gramática de Febrés, que ahora me hace mucha falta².

En este invierno, sin embargo, podía reparar el daño en parte aquí en Santiago, estudiando durante unas ocho semanas con Domingo Quintuprai, indio huilliche que acompañaba a algunos caciques de Llanquihue como intérprete de sus reclamos ante las autoridades chilenas. Apunté en dialecto huilliche las mismas frases que me había traducido Juan Amasa al dialecto picunche. Además Quintuprai me hizo una larga relación de un viaje que había hecho con dos cargas de aguardientes al país de los Manzaneros, indios pehuenches que entonces (hace como 22 años), vivían cerca de las orillas del río Limai.

También le debo la descripción de la erupción volcán Calbuco, un episodio histórico y algunos más apuntes sobre costumbres indígenas. Este material que voy a

¹ De la poesía araucana no se conoce hasta hoy nada más que cuatro poesías de machi, que contienen fórmulas que cantan los médicos. *Machiorum medicantium cantiuncula* los llama Havestadt, que los da a conocer con la traducción latina en el § 411 de su obra. Pues los versos religiosos bastante numerosos de los padres, no tienen ningún valor lingüístico ni etnológico.

² Por rara felicidad la maleta de mis libros y apuntes, que había desaparecido de un hotel de Santa Rosa de Victoria en febrero de 1894, justamente un año más tarde me ha sido devuelta. Había dormido un año entero en la bodega de una pequeña estación del ferrocarril como “bulto sin propietario conocido”, aunque llevaba mi completa dirección y no obstante que había hecho reclamos y avisos de toda especie. —*Nota de la reimpresión.*

publicar próximamente en los Anales de la Universidad es tanto más interesante porque contiene los primeros y únicos documentos publicados en dialecto huilliche.

En este material se fundan las ligeras observaciones que les voy a dar sobre el idioma. Espero continuar estos estudios en los años que vienen; ojalá me fuera dado concluirlos con una gramática científica de todos los dialectos araucanos.

El idioma *mapuche*³ se ha hablado en tiempos pasados desde Copiapó hasta Chiloé y también en la falda oriental de la cordillera, pero probablemente solo al sur del grado 35, en las actuales gobernaciones argentinas de Neuquén y Río Negro. Los *puelches*, que quizás llegaban hasta la cordillera al sur de Mendoza, seguramente no han sido araucanos, como se puede leer en muchas obras, sino parecen emparentados con los tehuelches de la Patagonia. No puedo decir todavía si el millcayac de Mendoza, cuya gramática hecha por el padre Valdivia no se conoce, era igual al idioma puelche (véase MEDINA, *Obras del P. Valdivia sobre la lengua Allentiac*, p. 36), o si era entroncado con el Allentiac que ahora podemos estudiar en las obras del padre Valdivia editadas últimamente por don José Toribio Medina (Sevilla 1894). Tampoco es seguro el límite sur de los araucanos, especialmente la lengua de los Chonos y los paraderos más australes de los pehuenches de hoy. Lo que sí parece fuera de duda es que el araucano no tiene ninguna relación directa de parentesco ni con los quechuas y aimaras, ni con los guaraníes, lules y abipones, ni con los huarpes, tehuelches, ni con las tribus fueguinas, es decir, con ninguno de sus vecinos. Se distingue de todos ellos tanto por las raíces de las palabras, como por toda la construcción gramatical, al paso que las diferencias dialécticas dentro del gran territorio ocupado por la raza araucana son insignificantes. He hecho la prueba leyendo a mi huilliche de Osorno un trozo del catecismo en dialecto de Santiago, que remonta a fines del siglo XVI. Quintuprai comprendió lo que leía, aunque extrañaba algunas expresiones del texto, que se encuentra en la gramática del padre Valdivia.

Las denominaciones de los dialectos han sufrido cambios con el tiempo. Hoy se distingue el *picuntu* o *picunche*, la lengua del norte (entre los ríos Biobío y Valdivia), del *huilliche*, la lengua del sur (al sur del río Valdivia), y del *pehuenche*, la lengua de la gente de los piñones en la falda oriental de la cordillera, desde donde en tiempos pasados han vagado por la pampa argentina hasta las cercanías de Buenos Aires. Los que se distinguen más de los otros dos son los huilliches. Estas diferencias, fuera del uso de algunas palabras y de algunas sílabas formativas (elementos en que se distinguía también el antiguo lenguaje santiaguino del de la Imperial) consisten en el efecto de una importante ley fonética.

El Araucano antiguo poseía solo los sonidos que siguen:

1. Vocales *a e i o u ü* y una vocal sorda *a*.
2. Consonantes explosivas *p t ch k* y el sonido particular *t'*.
3. Semi-vocales *w y q*.
4. Nasaes *m n ñ ŋ*.
5. Fricativas *l ʎ v d z'* y rara vez *zh*.

Las vocales *e-i*, *o-u* y las consonantes *t-ch-t'*, *d-z'-zh*, *n-ñ*, *l-ʎ* se truecan no rara vez.

³ Esta es la única denominación que usan los indios mismos. Ellos son “la gente de la tierra” y su lengua es *mapuche* (o *mapunche*) *düñu*, “el habla de los hombres del país”.

Caracterizan pues a la lengua fuera de los sonidos particulares *ü, t', z'*, la ausencia de la *b, d, g*, y de la *f, sh, j*; ella tiene solamente 6 vocales y 18 consonantes, es decir, un tesoro fonético no muy rico. De suma importancia para la impresión acústica es que la lengua primitivamente parece haber admitido solo sílabas de una consonante más una o dos vocales, o con nasal final: las palabras no muy frecuentes con *z (r)* y *d*, finales parecen de formación secundaria.

La gran ley fonética que distingue los dialectos del araucano se debe a la tendencia de cambiar *v, d, zh, z', l, ʎ*, en *f, z, sh, s', l', ʎ'*, es decir, de suprimir el sonido de la voz en todos los sonidos fricativos.

Esta tendencia ha atacado la *v* en todos los dialectos actuales, pero en la frontera norte está todavía la *v* al lado de la *f* y se pronuncia sin diferencia *tüva* o *tüfa*. En pehuenche es regular *f, z, sh*; *z'* está al lado de *s'*; entre los huilliches todos los sonidos son casi siempre sin voz, solo la *l'* y la *ʎ'* ocurren todavía a menudo con voz.

En todo, debido a estas relaciones sencillas de la fonética, el araucano es pues una lengua armoniosa y sonora, más suave aun que el castellano y el italiano. Solo la *ü* nos desagradada. Doy como ejemplo unas frases entresacadas a la suerte de mis apuntes.

Fachi pu kara müley kiñe ruka; tranali. Ayüle chi ngen ruka inche konan ¿Tuntent fükéy ñi ruka mo kine kuyen? (En esta ciudad hay una casa; está desocupada. Si quiere el dueño de la casa yo entraré. ¿Cuánto pide por su casa un mes?).

Por la estructura fonética tan sencilla el araucano casi no conoce aquellas contracciones y elisiones de sonido que en muchas lenguas americanas convierten las palabras por un enlace exagerado en un conjunto casi inextricable.

En araucano por lo general las consonantes no sufren ningunos cambios fuertes en las numerosas composiciones y derivaciones; solo se entreven los restos de un cambio fonético prehistórico por el cual se corresponden *p* y *v*, *k* y *q* en derivaciones verbales. Las vocales se pueden acumular hasta grupos como *iaeyew* y solo la *ey* a menudo se cambia por *i*. –El acento tiene poca fuerza y poca estabilidad; a menudo cambia su lugar según leyes poco fijas de equilibrio; por ejemplo: *Tüfámu müli ni rúka* (aquí está mi casa) pero: *ñi ruka mo kúpán* (de mi casa vengo).

Con respecto a la estructura morfológica, ya sabemos que no significa mucho decir que el araucano pertenece a las lenguas aglutinantes incorporativas, como las demás lenguas americanas; puesto que las diferencias entre ellas son innumerables. Debo restringirme aquí a algunas ligeras observaciones.

La lengua araucana solo conoce sufijos al fin de la palabra. Estos sufijos en primer lugar son restos de pronombres personales y adverbios demostrativos. No hay ninguna especie de declinación ni género gramatical y fuera de los pronombres personales no se conoce ninguna distinción de números. El pronombre de segunda persona tiene claramente singular, dual y plural; para el singular de primera hay una forma absoluta, compuesta: *inche*. Es más que dudoso si el mencionado dual expresa *dos* considerado como unidad; más bien parece la idea de *yu*, yo y tu, contigo, *engu*, tú con él y no nosotros dos, vosotros dos. El pronombre personal de tercera persona de singular se suple por demostrativos.

El araucano puede distinguir con claridad la función del sustantivo con pronombre posesivo, del verbo con sujeto pronominal. Este se pospone (*akuymi*, llegaste) aquel se antepone (*mi akun*, tu llegada), particularidad que distingue el araucano de quichua y de la mayor parte de las lenguas americanas. Sin embargo, casi

todos los sustantivos y adjetivos pueden asumir funciones verbales por la sola agregación de sufijos demostrativos y personales, y de todos los verbos se derivan formas sustantivas. El límite entre el sustantivo y adjetivo es igualmente incierto. Por la sola yuxtaposición un sustantivo modifica a otro como adjetivo: *chi murke ülpud*, “el ulpo de harina” formado como el inglés *mutton chop* “costilla de cordero”; *chi wülngin ruka*, “la puerta de la casa”, formado como el castellano *boca-calle*.

El mapuche tiene muy pocas palabras con función de preposición; quizás solamente una *mew* o *mo*; y esta se pospone; *mo* expresa todas las relaciones posibles de lugar, tranquilidad: *mi ruka-mo müley*, “en tu casa estás”; movimiento en dirección a un lugar: *mi ruka-mo amoy*, “a tu casa caminas”; movimiento que sale de un lugar: *mi ruka-mo küpay*, “de tu casa vienes”. Sin embargo, no hay peligro de que la expresión *mi ruka-mo* sea equívoca. El araucano expresa las relaciones de lugar con una precisión incomparable por verbos primitivos, los que todos parecen haber sido monosílabos, y que hoy solamente se emplean en composiciones con otras expresiones verbales sustantivas, adjetivas, adverbiales según su significado castellano: *me* (ir) *pa* (venir) *tu* (ir haciendo) *po* (llegar para allá) *aku* (llegar para acá) *no* (pasar para allá) *ru* (pasar al lado) etc.

Otros tales verbos primitivos para expresar acciones fundamentales son: *pe* (ver), *pi* (decir), *la* (morir), *el* (dejar), *i* (comer), *nü* (agarrar), *nge* (ser), *le* (estar), *ye* (llevar), etc.

La palabra con la sílaba demostrativa *i/y* no se refiere a ningún tiempo definido, sino expresa la acción que pasa, *akuy* (él llegó o él llega en general, o llegará en general, pero no él está llegando ahora, él llegará mañana); *küme* (es bueno, fue bueno, será bueno en general con relación al sustantivo). Por lo demás la acción que duraba en tiempo pasado se expresa por la sílaba *fu*, la acción que se ejecutará en cierto momento por *a*: *kimüfuy* (sabía), *küme* (era bueno entonces), *kimay* (sabrás), *kimafuy* (habías de saber, sabrías).

La sílaba *ke* expresa la acción repetida: siempre; *u* la acción refleja.

Los pronombres personales se admiten solo en indicativo (signo característico *i/y*) y en un subjuntivo (signo característico *le*); este último expresa la acción no como efectiva sino como posible, dependiente de condiciones. Por lo demás la acción se aplica como cualidad a un sujeto por medio de *lu*, que por eso se asemeja a un adjetivo verbal o participio; como resultado duradero medio de *el*.

Faltan por completo las conjunciones que enlazan frases coordinadas o subordinadas.

Fuera del indicativo y subjuntivo, que expresan la acción efectiva o hipotética, todas las demás ideas verbales, se expresan por frases sustantivas; así es un sustantivo puro la forma que se llama infinitivo en las gramáticas con la terminación *n*. Existe otra forma sin terminación alguna, y además una forma con la terminación *üm*, que indica la idea del verbo como fin deseado de otra acción. “Me alegro porque has llegado” es para el indio solamente “me alegro de tu llegada” *truyun mi akun-mo*, “dilo para que yo lo sepa”, es “dilo para mi saber futuro”: *piñinge inche ñi kimam*. Las palabras que parecen conjunciones como *kay*, *may*, son frases verbales intercaladas: “otro esto” = es otra cosa, también, y; “va ello” = es verdad, pues.

Lo que se llama adjetivo posesivo es el simple pronombre personal antepuesto al sustantivo como muchos sustantivos se anteponen a otros para modificarlos. Solo hay

una palabra posesiva verdadera *ñi*, que se aplica a la primera persona del singular y a la tercera de todos los números, es decir, a las formas que no tienen pronombre personal simple, *inche ñi ruka* o *chao ñi ruka*, mi casa, la casa del padre; o si no hay duda simplemente *ñi ruka*, mi casa o su casa de él, ella, ellos, etc. No parece permitido considerar *ñi* como terminación de genitivo, según dicen las gramáticas, puesto que solo se aplica a personas y solo tiene significado posesivo.

No he encontrado ningún ejemplo como *ruka ñi wülngin*, la puerta de la casa, igual al latín *domûs porta*; prefiero analizar *chi chao ñi ruka* “el padre su casa”, *inche ñi ruka* “yo su casa”.

Las terminaciones pronominales de los verbos no expresan el sujeto, sino más bien la persona más interesada en alguna acción y esta en verbos transitivos es para el indio el complemento. *Akuymi* significa “tu llegaste”, *elueymi* “yo te doy”, no “tu me das”, y por eso se puede decir también *eluyu*, que no significa los dos damos, sino según el caso “yo te doy” o “tú me das”.

Según las gramáticas de los padres, los sustantivos tienen singular, dual y plural; según mis observaciones no se distingue ningún número, o más bien el sustantivo en general tiene significado colectivo, como en muchas lenguas indígenas, *che* gente y en caso de necesidad específica *kiñe che* un hombre.

Así dice el indio en singular: *Müley chukifo*, *akukelay famo*: hay ladrón, no llega acá; pero sin sujeto sustantivo continúa: *kangew chukikayngün* en otra parte roba ellos. Por esto, también empleando palabras castellanas, usan el singular hablando de muchos: *müley ladron*, *pu kara akulay*: hay ladrón, en ciudad no llega.

La palabra *pu* que suele enumerarse como signo de plural, significa *adentro* como se ve en el ejemplo dado, aunque a veces expresa la idea del plural *pu winka* “entre chilenos” = los chilenos.

Por lo demás los complementos directos, indirectos y ordinarios se colocan sin signo de función alrededor del verbo o entran en la forma verbal: “Las paredes de esta casa tienen agujeros donde entra el viento”, se dice: *kincha fachi ruka fill püle konpay kürüf* = “quincha esta casa por todas partes entra viento”. “Fue enderezado el caballo por un chileno y un indio”, se dice: *ritro künongey chi kawellu kiñe winka kiñe che* = “derecho fue puesto el caballo un chileno un indio”.

Empleando las palabras castellanas *chilla* (silla) y *kawellu* (caballo) se expresa “ensillamos el caballo o los caballos”: *chilla kawelluyin* o *chillayen kawellu* y “desensillamos los caballos”: *entu chillayen kawellu* o *entuchillawyen*=nos desensillamos.

A menudo el complemento directo, indirecto u ordinario se indica en el verbo por una partícula demostrativa.

No basta el tiempo hoy para entrar en más detalles. Concluiré con algunos ejemplos más largos para darles una idea de la impresión acústica que hace la lengua en estilo elevado.

Los araucanos son eminentes oradores y cada visita, cada recepción, cada fiesta (que ellos con sinceridad envidiable llaman *ngollin* “borrachera”) da motivo para largos discursos en estilo elevado, poético (*koyagtun*) en que estiran cantando la última sílaba de cada frase:

Quintuprai llega a casa del cacique Tureupan y se saludan.

Qu. –¡Buenos días, padre tío! ¿Bueno está tu corazón y gozas de la vida acá, tío?

T. –Buena vida paso, sí. Un día a veces dejo caer lágrimas, pues todo el año no lloro.

Qu. –¿Con gusto contemplas tus hijos, pues?

T. –Con gusto veo buenos los jefes, buenos los mocetones; así, pues, sin cuidado alguno vivo. Bien con gusto contemplo la luna, con gusto contemplo el sol. Pasarás a alojar, tío; vendrás a quedar hasta mañana.

Qu. –*¡Marimari, chao malle! ¿Kumeley mi piwke, mongimi tüfa, malle?*

T. –*Kiñe küme duamo mongenka. Kiñe ke antü nagküllenwan, fill tripantu may ngümalan.*

Qu. –*¿Komütufimi pu fochüm may?*

T. –*Komütufin kümeke lonko, kümeke kona feymo may kiñe no duamkechi mongen. Küme komutufin ale, komutufin antü. –Wünman paaymi, malle; wünmanentuü paaymi.–*

El alma de un indio helado en la cordillera se invoca como genio del lugar y protector del viajero.

“¡Acuérdate con favor de mí, padre! ¡Buen camino seguiré, padre!

¡Quienquiera que lo mande, acá eres dueño de tierra tú, padre!

¡Que no manquee mi caballo, padre! ¡De las rocas no se desbarranque mi caballo!

¡Buen camino pues seguiré!”

¡Leg ke duamen chao! ¡Küme rüpu may inan chao! ¡Chenchi may ni trokiel, tüfamo mapungeymi, chao! ¡Küntolay may ni kawellu chao! ¡Lil-mo ütrüftukula ni kawellu! ¡Küme rüpu may inan!–

Y, por fin, un cacique inicia una fiesta con estas palabras:

“¡Favoréceme, padre! ¡Un jarro quiero beber; aguardiente, cuando lo tome yo, bien salga la fiesta! Me alegraré, si bien sale la fiesta.

¡Favoréceme, padre Dios, favoréceme Huecefü! Haré la libación del aguardiente: ¡Almas muertas, ayudadme a tomar; almas muertas! ¡Haced bien a los hijos; haced bien! ¡Que no haya pelea! ¡No agarréis los cuchillos! ¡Mujeres, no peleéis! ¡Bien salga la borrachera! Bien sale la borrachera, si no hay pelea; nos alegraremos los mocetones y las mujeres.

Ya acabamos la libación y concluimos los consejos”.

“¡Fürenen may chao! ¡Kiñe charu putual inche, winka pülku pütualu inche, küme may tripape ngollin! Truyuan küme tripale ngollin.

¡Fürenen may chao diod; frenen may wekufü! Chepüsentuan winka pulku: ¡po alue, efkütuaymün po alue! ¡Kümelkaymün pu fochüm; kümelkaymün! ¡ngekelepe kewan! ¡Kuchillu nülafimn! ¡Pu domo kewatulaymn! ¡Küme tripape ngollin! Küme tripay ngollin ngenole kewatun; truyuayen pu kona, pu domo.

Chepüd nakümayyen; afimayyen dünguwün”.

Concluyo, pues, con estas palabras de buen agüero.

¡Kume tripape yen koyawtun! ¡Truyuayen küme tripale yen koyantun!”.

“¡Bien salga nuestro parlamento! ¡Nos alegraremos si bien sale nuestro parlamento!”